
CAPÍTULO VIII.

El testamento.

¿Qué dirán ustedes que hizo nuestro héroe luégo que encorvado sobre las rodillas, oculto el rostro entre las manos, é inmóvil como herido por un rayo, meditó profundamente acerca del relato que acababa de leer en el manuscrito? Pues hizo lo siguiente :

Se levantó, al parecer tranquilo, con semblante pálido, pero sereno, con un *si es no es* de sonrisa en los labios, mirada un tanto vaga; metió las ociosas manos en los respectivos bolsillos del pantalon y comenzó á pasear de un extremo á otro de su cuarto, del mismo modo que suele pasearse el leon encerrado en la jaula cuando se halla convencido de que no tiene salida. Luégo se detuvo, recogió el manuscrito, que habia rodado por la alfombra, y lo puso sobre la mesa. Sin

detenerse en más reflexiones, asíó el llamador de seda que pendía de la cornisa del techo, y lo agitó, haciendo sonar una campanilla. Miéntas acudian á este llamamiento sacó una tarjeta de su cartera, y sobre su nombre escribió tres palabras.

Presentóse un criado y le dijo :

Que pongan á *Bel-Khrer* su más lujosa manta y su ronzal más rico, y que lo conduzcan al palacio de Lord Walbrook, dejándolo allí con esta tarjeta.

El criado la tomó y leyó en ella :

«Milord, *Bel-Khrer* es vuestro.»

Miraba el criado alternativamente á *Lanuza* y á la tarjeta, como si dudára de la realidad de lo que estaba viendo; pero Miguel lo sacó de su estúpida perplejidad, diciéndole:

— Eso, que lo hagan al momento, y además diga V. que no estoy para nadie.

El criado se encogió de hombros y salió del gabinete estupefacto.

Viéndose solo el héroe de esta verdadera historia, se dijo á sí mismo :

— Perfectamente; ya hemos cumplido con

la primera disposición testamentaria. Vamos ahora á la segunda.

Y diciendo y haciendo, abrió un cajón de la mesa de su escritorio y sacó la caja en que tenía guardado el estuche en que estaba la miniatura de su madre. Destapó la caja, levantó la tapa del estuche, y brillaron á sus ojos los pequeños brillantes que circúan el marco del retrato. Contempló mucho tiempo las dulces facciones que el retrato le presentaba, pareciéndole más tristes que nunca. Su pensamiento debió retroceder, refugiándose á los primeros años de su vida; y recorriendo uno á uno aquellos días risueños, porque la infancia es la inocencia, y la inocencia es la alegría, debió llegar al recuerdo de aquel supremo instante en que oyó por última vez la cariñosa voz de su madre moribunda. Y tan vivamente debió representarse en su memoria la escena de tan dolorosa despedida, que por un movimiento tal vez involuntario, cayó de rodillas, y acercando el retrato á sus labios, lo besó muchas veces durante el tiempo que necesitó para recitar el *credo* palabra por palabra.

Levantóse despues y encerró la miniatura en el estuche, y el estuche en la caja, escribiendo en ella: «Para Magdalena», y diciendo: Sea éste mi último recuerdo. En cuanto á mi fortuna, añadió, tengo un heredero forzoso, á quien corresponde en gran parte por el título irreprochable de un *pagaré* valor de cien mil duros, cuyo vencimiento está encima.

Por último, se sentó delante de la mesa, dispuso papel, tomó la pluma y comenzó á escribir lo que á continuacion verémos:

«Acabo de hacer el balance entre mi fortuna y mi desgracia, comparando entre sí las dos sumas que arrojan mis bienes y mis males, mi corazon y mi bolsillo; y hé aquí que soy rico y hé aquí que soy el más miserable de los hombres.

»En estos últimos dias la fortuna ha deramado sobre mí pingües favores, llenando mi gaveta de brillantes realidades. A la vez la desgracia ha fruncido el terrible entrecejo, é invadiendo mi corazon, lo ha despojado de todas sus ilusiones.

»Me encuentro entre mi caja llena de oro y mi alma vacía de toda esperanza.

»Yo recuerdo que poseia un tesoro inagotable, que llenaba mi imaginacion de espléndidas y risueñas perspectivas; me sonreian el cielo y la tierra, derramando en mis sueños los sonrosados resplandores de una dicha tranquila siempre esperada; y rico en mi corazon, opulento en mis esperanzas y generoso en mis deseos, me burlaba sin rencor y sin envidia de las inquietas vanidades y del sórdido fausto con que brilla el mundo.

»Vivia yo entónces en las más altas regiones de la sociedad: en una boardilla, pues por el hacinamiento en que se vive en las grandes poblaciones, los pobres ocultan su miseria en las alturas de los últimos pisos, miéntas los poderosos arrastran su fugitiva pompa sobre el fango de la tierra. La arquitectura usual y corriente en los edificios de Madrid, tomando en el aire lo que le falta en la base, realiza, sin saberlo y sin pensarlo, un órden de colocacion profundo y admirable; ha puesto, como el Evangelio, á los pobres sobre los ricos. Así es que el ciudadano baja en la misma proporcion que el vecino sube. La prosperidad nos arroja de un

piso quinto á un piso tercero, del piso tercero al piso principal, y la pobreza nos eleva del piso principal al piso tercero, del piso tercero á la boardilla. Vivía yo, pues, dichoso en las risueñas alturas de mi humilde soledad, más cerca del cielo que de la tierra, más cerca de los ángeles que de los hombres, y me dignaba algunas veces descender, y paseaba mis pobres vestidos y mi serena frente entre las agitadas muchedumbres del mundo.

»Un día mordióme en el corazón la serpiente de la soberbia, y tendí la mano afanosa para coger la manzana de oro que el árbol envenenado de este maldito paraíso me ofrecía. Apoyado en el alféizar de mi ventana saqué mi repentina codicia, acumulando sobre una cuartilla de papel número por número la deslumbradora suma de dos millones de reales. Sentía en mi espíritu una agitación desconocida, un placer acerbo, un deleite amargo, y era la primera inquietud de mi fortuna. Un soplo de viento arrancó de mis manos tanta riqueza, y creí que se me arrancaba el alma al ver que los cien mil

duros se los llevaba el aire. Mas resonó en mi oído una dulce carcajada, volví los ojos y vi á Magdalena. Su sonrisa cayó sobre mi corazón, y su tímida mirada penetró en mi espíritu como un rayo de luz en la sombra, se llenó mi sér de una felicidad hasta entonces no sentida, pero ántes soñada, y ya no pensé más que en ella. Entónces sí que pude decir: «Adios, mi dinero.»

»Pasaron así muchos días, cuyo dulce recuerdo llena en estos instantes mi memoria de cruel amargura..... La serpiente no retrocedió en su empeño de perderme, y clavó de nuevo en mi alma sus dientes envenenados. Puso ante mis piés la suave pendiente de todas las alucinaciones con que el mundo nos atrae hácia su brillante abismo; resbalé y caí. Olvidé á Magdalena y hasta olvidé á mi madre, para lo que fué preciso que me olvidára de mí mismo. Sentí el vértigo del vergonzoso amor, que enciende los sentidos; el vértigo del juego, que oscurece la conciencia; el vértigo de la soberbia, que hace enloquecer. Estuve á punto de caer en el oprobio del suicidio, y me salvé de esta ignominia cayendo en el lazo

alevoso de una ruin estafa. Mi orgullo, irritado á la vez por el falso honor y la falsa honra, armaron mi brazo y he sido homicida. Necesitaba esa sangre para cumplir una venganza y redondear un negocio, y la deramé sin misericordia. Soy uno de tantos criminales que pueden levantar la frente en presencia de la ley; para mí no hay tribunales; los hombres me absuelven, el mundo me acoge y la sociedad me respeta.

»A todo esto iba sumando dinero y restando dicha.

»En la misma proporción que iba probando los amargos desengaños de los vanos placeres, la imagen de Magdalena se iba levantando en el fondo de mi pensamiento como el sol en medio de las nubes.

»He leído el manuscrito palabra por palabra, línea por línea, hoja por hoja, y me someto á la dura ley de mi destino. ¿Acaso no soy yo mismo cómplice de mi infortunio?

»He vendido mi felicidad por un soplo de placer, por un poco de vanidad, por un puñado de oro, y ahora todas las riquezas de la

tierra no son bastantes para comprarla. ¡Sobervio negocio!

»Mi fortuna equivale á mi desdicha.

»Hé aquí la tremenda liquidación que arroja el libro de caja de mi vida.

»Capital: ciento sesenta mil duros.

»Felicidad: cero.

»Es preciso hacer frente con heroica voluntad á esta catástrofe de mi corazón, á esta ruina de mi alma, de la cual no pueden salvarme las prosperidades de mi bolsillo.

»En una palabra: es preciso morir.

»Matusalem, ¡infeliz! aquí tienes un caso tremendo, en que el dinero no sirve para nada.

»Morir..... perfectamente. La muerte es el término de las felicidades de la vida; ¿por qué no ha de serlo también de las desgracias que no tienen reparación?

»Pero morir..... ¿cómo? La muerte me sonríe como un dulce beneficio, y el suicidio me espanta; quiero morir, y no puedo matarme.

»Hay tal confusión en mis ideas, que no acierto á ordenarlas.

»Me parece que oigo la voz de Magdale-

na, que me dice: «muramos», y me parece que oigo la voz de mi madre, que me dice: «vive.»

»Pues bien; moriré sin matarme.

»Iré á sepultarme vivo en la soledad de algun retiro ignorado, ó echaré el miserable óbolo de mi vida en el platillo de la sublime abandonada virtud más desvalida.

»No está la tierra tan poblada, que no se encuentre en ella un rincón oculto donde ir á esperar la muerte. Hay además una causa santa brutalmente arrollada por la más feroz injusticia.... ¡Magnífica idea! Como oscuro soldado moriré gloriosamente sobre los viejos muros de la augusta Roma.

»Magdalena, ¿qué más he de hacer? Madre mía, no puedo hacer más.

»Éste es mi testamento.

Soltó la pluma, dobló el papel en que había escrito lo que él llamaba su testamento, y encerrándolo en un sobre, lo colocó dentro de la caja que contenía el retrato de su madre y dijo:

—Esta noche saldré.... para siempre.

En aquel momento oyó en la pieza inme-

diata ruido de pasos precipitados y rumor confuso de voces, y maquinalmente dió un paso; mas ántes de que llegára á la puerta se alzó bruscamente la cortina que la cubría, y se encontró frente á frente de la Marquesa.

—¡Señora! exclamó retrocediendo, lleno de asombro.

—Caballero, se apresuró á decir Luisa, se sorprende V. de verme y es bien natural; pero han sido inútiles mis esfuerzos; sus criados de V. no han querido anunciarle mi visita. Hoy tengo desgracia en esto, añadió sonriendo; en ninguna parte quieren anunciarme, y aquí me cerraban el paso con tal obstinación, que he tenido que atropellar por todo. Mi trabajo me ha costado, pero, en fin, mi audacia ha salido victoriosa.

Miguel se inclinó cortésmente, diciendo:

—Si alguno de los que me sirven ha tenido la torpeza de incurrir en alguna falta de respeto, saldrá inmediatamente de esta casa.

—Nada de eso, contestó Luisa; la consigna era severa; ellos han hecho lo que de-

bian, y yo lo que he querido. A mí es á quien hay que dispensarme la impetuosidad de este asalto.

—Cualquiera que sea, añadió Miguel, el motivo de tan inesperada visita, yo suplico á V. que me conceda el honor de tomar asiento.

La Marquesa se sentó con el fino desembarazo que tanta distincion da á las mujeres acostumbradas al agradable trato de la buena sociedad, y dijo:

—El motivo que me trae á esta casa es de tal naturaleza, que recibiria de V. un señalado obsequio si adivinándolo allanára la dificultad que encuentro al decirlo. Además, sería una satisfaccion para mí que V. lo adivinára.

—Me pone V., señora, replicó Miguel, cada vez más sorprendido, en un grave conflicto. Deseo con todo mi corazon complacerla, y no acierto á conseguirlo.

—En ese caso, será preciso que yo rompa el silencio y descubra el enigma. Vamos á ver si consigo formular de una vez todo mi pensamiento, porque lo que voy á decir, ó se

comprende pronto, ó no se comprende nunca.

Reflexionó un momento y siguió diciendo:

—Ante todo, oiga V. una historia: Cuéntase que al principio de la guerra civil, trasladándose de no sé qué pueblo de Aragon á Madrid una honrada familia, fué sorprendida en el camino por una partida de malhechores, que la condujo á un lugar solitario, lejos de todo socorro humano. Formaba parte de esta familia una hermosa jóven, honesta y pura, que iba á Madrid á casarse con el hombre que habia elegido su corazon, con el hombre que amaba. La hermosura de la jóven despertó en el jefe de aquellos bandidos un brutal deseo, y la infeliz jóven sufrió el horroroso tormento de una feroz violencia. Llegó á Madrid desesperada y moribunda, oprimida de angustia y abrasada de vergüenza. Al novio se le ocultó por algun tiempo tan terrible suceso, y ella con valor heroico y con el corazon despedazado le suplicó al fin que renunciára á su mano, porque habia decidido irrevocablemente encerrarse en un convento. Él insistió con vehe-

mente ternura y juró matarse si le arrancaban el cariño de aquella mujer, que era su vida. Entónces fué preciso descubrirle el horrible secreto. Juzgue V. cuál sería su dolor y su rabia; no hay necesidad de encarcerarlos; pero latia en el pecho de aquel hombre un gran corazon, un corazon nobilísimo, y echándose á los piés de la pobre jóven enferma y desconsolada, le dijo: «Sería el más cobarde de los hombres si yo te abandonára en esta desgracia.» Un torrente de lágrimas fué la respuesta de la jóven. Entablóse entre ellos una lucha formidable; él suplicaba, ella se resistia, y.....

—¡Y qué, señora! preguntó Miguel.

—Imagínese V. Al año se casaron.

—¿Y fueron dichosos?

—Eran dignos de serlo, y lo fueron cuanto se puede ser sobre la tierra. ¿Qué le parece á V. el rasgo de ese hombre?

—Oh, exclamó Lanuza bajando los ojos, me parece un rasgo envidiable.

Calló la Marquesa; mas viendo que Miguel permanecía mudo y pensativo, añadió esta pregunta:

—¿No ha comprendido V. aún el motivo de mi visita?

—Sí, contestó Miguel; lo he comprendido, y me avergüenzo de no haberlo adivinado.

—Magdalena, añadió la Marquesa, acaba de contármelo todo. Yo ignoraba los pormenores de su desdicha, y ¿qué quiere V.? al saberlos se ha afligido mucho mi corazon, pero he visto el cielo abierto.

Miguel suspiró diciendo:

—Marquesa, ha puesto V. el dedo en la llaga de mi alma.

—Sí, le contestó, porque es preciso curarla. Me parece, siguió diciendo Luisa, que aunque distintos los dos casos, son bastante análogos. Ambas han sido víctimas inocentes, la una de la violencia, la otra del engaño.

—Es verdad, dijo Miguel acogiendo con ánsia las palabras de Luisa.

—Pues bien, caballero, añadió ella afablemente, ya sabe V. á lo que he venido.

—¿Y V., señora, exclamó Lanuza, es quien viene á la casa del matador de su hermano con la bondad en los ojos y la paz en los la-

bios á infundir en mi alma atribulada el noble sentimiento de una accion generosa, que mi mismo amor no ha sabido inspirarme?

—Yo, amigo mio, contestó la Marquesa; y acerca de esto abrigo la seguridad de que no tendrá V. duda ninguna. He cambiado mucho; mi corazon es ya otro, mis locuras son algo más juiciosas. Vamos, he sentado la cabeza; pero yo soy la misma. Ya ve V., ¿qué se dirá cuando se sepa que la mojjigata de la Marquesa, que vive royendo altares, ha venido á esta casa? Ciertamente es una locura, que el mundo castigará con todas las penas de su severa malicia; pero si nos dejamos maniar por las injusticias del mundo, créame V., jamas harémos cosa buena.

—Marquesa, replicó Miguel, ¿cree V. que yo hubiera excusado ir á su casa sabiendo que V. tenía deseo de verme?

—No, contestó ella; pero venía á ser lo mismo; V. en mi casa ó yo en la suya, la murmuracion me perseguiria del mismo modo, y no era conveniente acudir á una cita misteriosa. Ademas, perder tiempo era perderlo todo. Temia un desastre.

—¡Un desastre!..... exclamó Miguel inquieto.

—Sí, añadió Luisa; V. tiene buen corazon y nobles intenciones, pero no ha adquirido aún la sublime fortaleza que infunde la fe. Era fácil de presumir el efecto que habia de causarle la lectura del manuscrito de Magdalena, y he querido anticiparme á un ciego arrebato, que sería su perdicion eterna, cuando visiblemente Dios quiere que viva V., que espere y que ame.

—¿De modo, prorumpió Lanuza, vivamente conmovido, que ha venido V. á salvar mi vida de la muerte, mi nombre del oprobio, mi alma de un castigo eterno, y á ofrecermela esperanza de una felicidad que ya no existia para mí en la tierra? ¿Y á quién ha venido V. á traer el magnífico presente de tan inmenso beneficio? A mí; á mí, que..... —Detúvose un instante, y añadió con vehemencia: —A mí, cuyas manos están todavía teñidas con la sangre del Duque.

—He venido, replicó Luisa, á cumplir un sagrado deber de mi conciencia.

—¿Y quién, señora, preguntó Miguel, en

el colmo de la emocion más viva; quién le ha inspirado á V. tan generosa idea?

—Dios, contestó ella. Hace un año que le pido incesantemente el perdon de mi culpa, ofreciéndole con voluntad resignada las dolorosas tribulaciones de mi espíritu, y concebí la esperanza de conseguirlo, porque noté que poco á poco se iban serenando las tempestades de mi corazón y aclarándose las turbias oscuridades de mis pensamientos. Un día me prosterné á los piés del altar, y en el momento en que el sacerdote levantaba sobre su cabeza la consagrada hostia, alcé la voz fervorosa de mi alma y le dije: «Señor, si me habeis concedido la gracia de vuestra divina misericordia, concededme tambien el perdon de Magdalena. Acercadme á ella, Señor, que ignora el daño que le he causado, y yo me arrodillaré en su presencia y le confesaré mi culpa. Encended en su alma el fuego divino de la caridad; que me compadezca y me perdone. Haced, Dios mio, que yo la vea, que yo la abraza y que yo la consuele.» Despues de esta oracion sentí en mi espíritu bienestar indecible; esperé,

y ya lo ve V.: Dios ha oido mi súplica.

Oyendo á la Marquesa, creia Miguel ver en su frente ráfagas fugitivas de celestiales resplandores, en sus ojos la clara serenidad de los cielos, y en todo su semblante los reflejos de esa paz inefable que brilla en los rostros de los santos; y dejándose arrebatar por el entusiasmo que ardía en sus pensamientos, prorumpió en estas palabras:

—¡Ah, señora! Con esa voz y con esas palabras deben hablar los ángeles.

—¡Infeliz pecadora! exclamó Luisa. Pero vamos á nuestro asunto. Dios ha hecho casi un milagro conservando intacta la pureza en el alma de Magdalena; su misericordia ha consentido que el amor que siente por V. la defienda contra las abominables seducciones del mundo. Tambien ha faltado; pero ¡ah! mucho ha sufrido y mucho sufre. Lo que falta que hacer, á V. le toca.

—¡Oh, noble Marquesa, santa mujer, alma heroica! ¿Cree V. que yo soy digno de pretender una dicha que no merezco? Miserable gusano de la tierra, debo ir á ocultarme en el último rincón del mundo, escon-

diendo allí mis remordimientos y mi vergüenza.

—Usted, replicó la Marquesa con dulcísima bondad, no es juez de sus acciones. Ésa sería una expiación desesperada, orgullosa y soberbia, y debemos creer que Dios ha dispuesto otra cosa. ¡Ah! su misericordia es infinita. Hay que salvar á Magdalena, y en el mundo V. solo puede salvarla.

—Es altiva, contestó Miguel, y me rechazará.

—Insista V., replicó Luisa, y se ablandará su orgullo.

—Huirá de mí, añadió Lanuza con desaliento.

—Entonces, dijo la Marquesa, la sigue usted por todas partes. Donde vaya ella va usted; V. no puede ni debe abandonarla. Dios la ha salvado, y V. no ha de querer perderla.

Apénas acabó lá Marquesa de pronunciar estas palabras, se lanzó Miguel á la mesa de su escritorio, abrió la caja que contenía el retrato de su madre, sacó el testamento que en ella habia encerrado, y poniéndolo en manos de la Marquesa, le dijo :

—Lea V.

Luisa rasgó el sobre, desdobló el papel y leyó en silencio.

Entre tanto, Miguel, de pié y con los brazos cruzados, contemplaba absorto el noble semblante de la Marquesa, cuya diáfana blancura no empañaba la más ligera sombra.

Luégo que hubo terminado la lectura del testamento, lo devolvió á Lanuza, diciendo :

—He sido injusta temiendo en V. la insensatez de un furioso arrebato; pero es preciso cambiar de propósito; es necesario que se resigne V. á ser dichoso; la felicidad de Magdalena y la paz de mi alma se lo suplican.

Cayó Miguel de rodillas, exclamando :

—¡ Ah, señora! Si Dios me concede la felicidad que V. ha venido á traerme en sus palabras, será una felicidad suprema, por ser á V. á quien se la debo.

Luisa se sonrió, excusando de este modo la imprudencia de las lágrimas que acudieron á sus ojos; mas Miguel no las vió, porque levantándose impetuosamente, rasgó en mil

pedazos el testamento que tenía en sus manos.

—Muy bien, dijo Luisa; pero ante todo necesito una palabra.

—Juro cumplir cuanto V. me encargue.

—Pues ocúltele V. á Magdalena nuestra entrevista, á lo ménos hasta que sean ustedes dichosos.

—Señora.....

—Tengo empeño en ello, añadió la Marquesa interrumpiéndole; y además, V. lo ha jurado.

—Marquesa, contestó Miguel inclinándose, cumpliré mi juramento.

—Gracias, exclamó ella, poniéndose de pié.

Miguel dijo:

—¿Cómo se paga tanta bondad, tanta grandeza?

—Con una promesa, contestó Luisa.

—¿Cuál?

—Alcánceme V. el perdon de Magdalena, y estarémos en paz.

Diciendo esto estrechó afectucsamente la mano de Lanuza y salió de la estancia.

Siguióla nuestro héroe, absorto, hasta que vió perderse su sombra en la escalera y oyó el último golpe de sus pasos.

En seguida partió la berlina.

Apénas llegó la Marquesa á su casa, se entró en el oratorio, se postró ante el altar hasta tocar con la frente en el suelo, y luégo que los sollozos dejaron libre paso á su voz, exclamó con toda su alma:

—Gracias, Dios mio, gracias.